

NUEVA ESTRATEGIA SOCIALISTA.

**BASES ESTRATÉGICAS PARA LA
COMPOSICIÓN INTERNACIONAL
DEL COMUNISMO.**



**EUSKAL
HERRIKO
KONTSEILU
SOZIALISTA**

1. Coyuntura histórica: la crisis estructural del capitalismo

La coyuntura histórica actual viene determinada por la crisis estructural de la sociedad capitalista, una crisis que tiene carácter histórico. Su fundamento, que viene larvándose desde hace ya al menos medio siglo, está en que el trabajo ha perdido, y lo está haciendo ahora de forma acelerada, el puesto central en la estructura de la producción social. Éste ha sido desplazado por la tecnología, especialmente con el cambio histórico productivo que suponen la microelectrónica, la digitalización, la inteligencia artificial y la robotización. Con la preponderancia de la tecnología frente al trabajo, el trabajo privado está quedando obsoleto como forma histórica de organizar la producción y la distribución social.

Con la pérdida de centralidad del trabajo en la producción, y especialmente con la capacidad de las nuevas tecnologías de aumentar de forma automática su fuerza productiva, toda la sociedad de clases edificada en torno a la explotación del trabajo vivo humano se ha visto trastocada. En este contexto, la crisis histórica ha desembocado a una crisis económica recurrente, en un estancamiento de la tasa de ganancia real global y en una perspectiva de crecimiento para las siguientes décadas muy moderada e insuficiente en términos de mantenimiento del orden social burgués. La confluencia de este fenómeno histórico social con el agotamiento histórico material de gran parte de los recursos que habían permitido retardar el proceso en el ciclo posfordista de consumo de masas ha exacerbado la crisis en su forma económica y financiera.

En ese contexto, la crisis histórica de las relaciones sociales capitalistas, en su forma superficial de crisis económica, han desembocado en una guerra entre grandes facciones de capital por mantener sus propias ganancias y, especialmente, en una ofensiva de clase del capital global contra las poblaciones trabajadoras, en forma de saqueo de todas las modalidades de salario y en forma de destrucción de los derechos civiles y políticos conquistados por el ciclo revolucionario anterior.

En ese sentido, se está produciendo a escala global un giro autoritario del capitalismo, que se manifiesta sobre todo en una reforma del modelo de estado hacia un liberalismo de carácter autoritario, despojado ya de toda apariencia democrática, y supresor de toda forma de derecho del proletariado. Pero además de esto, el giro autoritario de la sociedad de clases mundial tiene una manifestación ideológico-cultural, en el sentido de auge de una nueva forma de fascismo social y político, es decir, de retorno de la ideología de masas ultranacionalista, reaccionaria y antiproletaria, y de sus lógicas culturales autoritarias propias de las clases medias nacionales en descomposición. Un fenómeno social y cultural que viene obviamente acompañado de la emergencia de nuevos partidos de masas de carácter fascista y de la generalización de colectivos violentos de calle, que gozan de impunidad para la violencia contra el proletariado en connivencia con los intereses de la burguesía. En todo caso, la dinámica autoritaria del capital, cuya expresión central es la reforma del estado, está siendo llevada a cabo por todo el partido de la burguesía; es decir, también por su ala izquierda.

Esta reforma autoritaria del estado tiene como elementos centrales: la supresión de los derechos políticos del proletariado mediante una ofensiva legislativa, el endurecimiento del código penal en materia social, el enjuiciamiento sistemático de toda militancia proletaria, la aplicación del estado de excepción permanente contra el proletariado migrante en el centro global del poder, el aumento de las tecnologías policiales de control e intervención, y la militarización de los estados.

Por último, cabe destacar otros dos fenómenos de gran envergadura derivados del ciclo productivo actual. En primer lugar, la escalada bélica entre las principales potencias económicas a escala global, la multiplicación de las guerras por delegación y la cada vez más descarada carnicería proletaria organizada por los magnates imperialistas, lo que además de permitirles defender los intereses de sus negocios globales ante la competencia, sirve de vía de aniquilación del proletariado sobrante. Y, en segundo lugar, la crisis climática y la destrucción global de ecosistemas, que va de la mano del límite de agotamiento de gran parte de los recursos y materias primas, mineras y de combustibles fósiles. El capitalismo, como forma de organizar la dinámica social, una vez



alcanzado su margen de racionalidad histórica, torna las fuerzas productivas en fuerzas destructivas y salvajes, y el más claro ejemplo de ello se ve en la guerra progresiva global, la destrucción global de los ecosistemas y la aniquilación de los recursos de las siguientes generaciones.

Ante este escenario de barbarie internacional, la actualización del programa comunista, junto con la unificación de los fragmentos del movimiento comunista y la articulación de nuevos y grandes partidos comunistas es una necesidad objetiva del proletariado como clase universal y de la especie humana para su propia supervivencia. La ofensiva de clase debe cambiar de dirección y convertirse en una ofensiva internacional de un nuevo sujeto proletario revolucionario, organizado y consciente, que barra los restos de la antigua civilización burguesa y eleve las fuerzas tecnológicas y productivas alcanzadas a un nuevo modelo de civilización sin clases y de libertad política universal.

2. Cambio de ciclo y ciclos de lucha revolucionaria: unificación y articulación internacional de nuevos partidos comunistas de masas

Es necesario estructurar la nueva estrategia en una lectura de la historia del capitalismo y especialmente de los ciclos revolucionarios anteriores que responda con justicia a los hechos, más allá de los juicios morales. Distinguimos dos ciclos revolucionarios en la historia política del proletariado. El primero, de las guerras napoleónicas a la Comuna de París, está caracterizado por la incompletitud del partido revolucionario del proletariado, careciendo este de forma política que contraponer como modelo al estado burgués (modelo inaugurado por la Comuna) y, especialmente, porque en todo este ciclo la burguesía es todavía un agente revolucionario que tiene la misión de barrer los restos de la civilización tradicional y de las clases terratenientes y estamentales. Es decir, en ese sentido, en este ciclo, a pesar de la Primera Internacional, el proletariado revolucionario carece de grandes partidos revolucionarios y de una estrategia separada de las burguesías

nacionales, siendo así recurrente su tendencia a convertirse en clase auxiliar de la burguesía. Sin embargo, es necesario entender que la existencia política progresiva del proletariado revolucionario va conquistando las bases políticas, sociales y económicas mediante la lucha para la inauguración de un segundo ciclo revolucionario.

El segundo ciclo revolucionario agrupa el periodo de la Segunda y la Tercera Internacional, en el cual el proletariado representa ya en gran parte de los países en síntesis global la única clase de progreso histórico, siendo la burguesía la clase dominante mundial con un modelo ya hegemónico, a pesar de estar desigualmente desarrollado por países. Este ciclo está caracterizado por la industrialización masiva de gran parte de los países y especialmente desarrollado en todos los estados donde la burguesía ha sido capaz de estructurar una gran industria, en forma de grandes partidos proletarios con dos tendencias internas (reformista-economicista y revolucionaria-política), que acaba desembocando, con el bolchevismo, en una independencia estratégica y organizativa completa, completándose así en este ciclo revolucionario el concepto de partido comunista.

Es importante señalar que las conquistas significativas de la lucha de clases en ese ciclo (como las alzas globales del salario, la seguridad social, la jornada de ocho horas, los derechos de sufragio universal y los derechos políticos) son fruto no del reformismo económico, sino de la lucha de clases revolucionaria; en primera instancia de la amenaza de la existencia de un ala revolucionaria en la Segunda Internacional que debía ser aplacada con concesiones al ala reformista en primer término, y, sobre todo, de la Revolución Soviética y las posteriores revoluciones socialistas, que hacen a la burguesía internacional temer por sus privilegios y la obligan a entrar en la política de las concesiones a los destacamentos proletarios de sus respectivos países. La tesis histórica de que las mejoras económicas y sociales son fruto del reformismo es rotundamente falsa e interesada, y totalmente estéril ante la ofensiva actual contra los derechos del proletariado. El reformismo no produce nada por sí sólo, nada más que mejoras corporativas, pero en ningún caso mejoras colectivas ni derechos universales.

Ahora bien, en ese segundo ciclo revolucionario, que hay que entender como eslabón en el proceso



histórico de maduración del proletariado, las revoluciones socialistas no llegaron en ninguna de sus variantes a completar una civilización de orden superior, ni tampoco a superar la forma económica del capitalismo. La razón fundamental es la inmadurez de las fuerzas productivas sociales en las que el trabajo vivo aún tenía un papel central y era el fundamento del desarrollo de la productividad social del propio trabajo (tanto en el fordismo como en el toyotismo, por decirlo de forma más simple). De modo que la forma social privada del trabajo y la organización de la producción mediante la ley del valor no habían agotado su validez histórica. Como consecuencia de esta condición histórica, una vez hecha la revolución, es el propio estado y la dinámica económica, necesariamente todavía de molde capitalista, el que acaba asimilando a todo el movimiento comunista internacional y aniquilando su forma partido. Pero nada más lejos de un juicio histórico acertado el pensar que por todo ello las revoluciones socialistas del ciclo anterior fueron un fracaso. Ellas pusieron las bases culturales, económicas y políticas del proceso histórico, sin las cuales hoy el proletariado estaría ya totalmente aniquilado y su conciencia histórica totalmente exterminada.

Hoy, en los restos de este ciclo agotado, cuando con la pérdida de centralidad del trabajo humano vivo el capitalismo se ha encontrado con la linde de su propio proceso histórico, un nuevo proletariado masivo tiene las condiciones materiales dadas para completar el proceso histórico social de edificación del socialismo, como un orden civilizatorio superior basado en la libertad política universal, la supresión de toda forma de opresión y violencia estructural, el acceso universal a la riqueza social y el aumento exponencial del tiempo disponible para el ocio.

2.1. El concepto de partido comunista

El concepto de partido comunista es la expresión de la forma política acabada del proletariado en términos de independencia política e histórica con respecto al partido de la burguesía o, dicho de otra manera, como realidad política y organizativa independiente del programa político comunista. El bolchevismo representa la culminación histórica del proceso de edificación conceptual del partido marxista revolucionario. Sin embargo, más allá del concepto, el modelo de partido del bolchevismo, adecuado a unas

condiciones históricas muy específicas, resulta ampliamente insuficiente para la articulación actual del partido comunista, y más aún para su despliegue como partido hegemónico en el nuevo proletariado. En ese sentido, las modificaciones en el modelo organizativo y, especialmente, en la táctica de lucha ideológico-cultural son absolutamente necesarias. La nueva estrategia socialista debe por lo tanto estructurarse bajo el paradigma de partido del bolchevismo, pero debe hacerlo fuera del esquematismo táctico y organizativo ahistórico y estéril del marxismo-leninismo ordinario.

El concepto de partido del marxismo-bolchevismo tiene por características fundamentales las siguientes: la centralidad de la conciencia socialista como contenido político e histórico del proletariado revolucionario, conciencia que es producto permanente de la teoría revolucionaria como eje central del proceso; la independencia política del proletariado frente a todas las versiones de partidos economicistas y oportunistas del programa de la burguesía o, lo que es lo mismo, la independencia de programa frente al partido de reforma a través del estado capitalista, con sus vertientes del sindicalismo económico y del parlamentarismo; la concepción estratégica hegemónica y de masas frente a todo golpismo e insurreccionalismo sectario; el centralismo democrático como modelo organizativo de partido; el internacionalismo proletario como marco estratégico y territorial del nuevo poder; y el modelo de estado comuna como modelo para la dictadura revolucionaria del proletariado. A continuación exponemos cada elemento de forma separada.

La conciencia socialista es la forma general del conocimiento objetivo del sistema capitalista y de la coyuntura concreta. La conciencia es así la forma más simple y unitaria, de andar por la calle, de este conocimiento político, que se convierte en el núcleo cultural del proletariado cuando éste se convierte en proletariado independiente y revolucionario. El partido comunista representa en ese sentido la forma organizativa de la conciencia socialista de masas. De ahí la importancia estratégica de expandir la conciencia socialista y de explicar la dimensión de clase de cada conflicto desde el socialismo.

La conciencia, entendida como el conocimiento político del proletariado revolucionario, es



fruto de la teoría revolucionaria. La teoría revolucionaria marxista se compone por un lado de la crítica de la economía política y la concepción materialista de la historia, de manera que proporciona un concepto histórico completo del capitalismo. Por otro lado, la teoría revolucionaria marxista se compone de un aparato categorial político e histórico inacabado, que sintetiza el avance de los debates, de las formas de lucha y de los modelos tácticos y organizativos, tanto de los ciclos anteriores de lucha de clases, como del ciclo actual en pleno desarrollo. Por lo tanto, la teoría revolucionaria nos proporciona las bases para una perspectiva histórica del capitalismo y los fundamentos de la visión del mundo socialista antagónica en pleno desarrollo histórico de la que formamos parte. Con estos dos elementos, de la teoría revolucionaria entendida como ejercicio organizativo (colectivo y permanente) nace la conciencia socialista, frente a la falsa conciencia burguesa. La conciencia socialista es el zócalo conceptual del partido revolucionario que permite:

1. La adecuación de cada lectura de nueva coyuntura con la totalidad histórica capitalista a la que se debe golpear;
2. Establecer siempre el nexo de toda coyuntura táctica y de lucha con la estrategia revolucionaria;
3. Los criterios inmediatos de actuación y de juicio generalizados en el proletariado que generan un ecosistema propicio al proceso revolucionario, y nutren de cuadros políticos al proceso.

En ese sentido, frente a la visión burguesa del mundo, el socialismo significa el antagonismo histórico en forma de conciencia histórica del proletariado, conciencia de la historicidad de la formación social burguesa, que destapa todas las formas naturalizadas e ideológicas de la forma capitalista de la sociedad: trabajo asalariado, mercancía, capital, etc., pero también el parlamento, la judicatura, la policía. Éstas y otras formas económicas y políticas históricas aparecen ya ante la conciencia histórica del proletariado revolucionario como capitalistas y, como tales, como objeto de abolición mediante el proceso revolucionario. Por su parte, desde la conciencia burguesa del reformismo, todas estas formas sociales e históricas del capitalismo aparecen como eternas y naturales,

y el marco político de actuación del partido de la reforma está por lo tanto confinado dentro de la estructura histórica de clases, sin pretensión de superarla.

La independencia política del proletariado es la expresión desarrollada en términos organizativos y culturales de la conciencia socialista (o visión del mundo socialista). La independencia política sólo se alcanza con el grado de partido comunista, ya que la verdadera independencia para el proletariado sólo puede ser actuar como clase revolucionaria de ofensiva, como proceso revolucionario, y esto sólo es posible cuando el proletariado revolucionario tiene fuerza de masas y puede lanzar la ofensiva a escala internacional. Es decir, esta independencia es completa cuando el comunismo y la visión socialista del mundo es hegemónico en el proletariado y cuando una gran parte de éste forma parte del partido unificado de ofensiva. No obstante, la independencia política como objetivo estratégico (el partido comunista reconstituido como objetivo estratégico) es el criterio fundamental para la ruptura generacional proletaria con el ciclo reformista que está entrando en fase de agotamiento (como ya lo fue en los tiempos de la escisión bolchevique).

La concepción hegemónica del partido es también una categoría clave del concepto de partido del bolchevismo. Frente al bakuninismo y a todo insurreccionalismo golpista de minorías conspirativas, el marxismo entiende que la emancipación de clase del proletariado sólo puede ser obra del proletariado revolucionario mismo, de tal manera que el partido debe representar la voluntad histórica concreta de una mayoría del proletariado, y sólo en ese momento es auténticamente el partido marxista revolucionario de ofensiva. Por lo tanto, la cuestión de la hegemonía es absolutamente crucial para el marxismo, entendida como proceso de acumulación de fuerzas con la estrategia revolucionaria a través de la lucha cultural y de generalización así de la conciencia socialista entre las masas proletarias.

Por otro lado, el centralismo democrático representa la forma organizativa más desarrollada del proletariado revolucionario, que en el ciclo revolucionario anterior ha probado su eficacia revolucionaria ante todas las demás formaciones organizativas revolucionarias. El centralismo democrático no es meramente un



procedimiento de fiscalización de la dirección por parte de los militantes locales; de hecho, no lo es en absoluto. Por el contrario, es ante todo el mecanismo de superación de la forma democrática de la burguesía, en la medida en que supone el deber de todos los militantes de formarse teóricamente y de una participación exclusivamente cualitativa que ayude a mejorar la organización y, especialmente, que ayude a depurar en ella las tendencias a la asimilación por parte del partido de la reforma.

Pero el centralismo en el bolchevismo es mucho más que la existencia de una dirección centralizada de todo el partido: es ante todo la concepción del partido como unión de todas las organizaciones del proletariado revolucionario, como mando estratégico centralizado de todas ellas, y así de todos los frentes de lucha y de todos los sectores del proletariado, y no sólo centralización estratégica, sino sobre todo para una táctica general unificada. De tal manera que el partido comunista es por ello la unión centralizada de las organizaciones revolucionarias, y tiene el deber de multiplicar las organizaciones para llegar a todos los ámbitos de intervención necesarios, con un desarrollo de la división del trabajo militante acorde a las necesidades de la coyuntura. Las organizaciones revolucionarias pueden entenderse de forma equivalente como las instituciones independientes del proletariado.

El partido comunista es para el marxismo el partido internacional del proletariado, que sin prejuicio de sus diferencias étnicas, idiomáticas y culturales, es como clase política la única clase realmente internacional/universal. Las internacionales de los trabajadores, y la internacional comunista representan así la auténtica concepción marxista del partido como partido internacional. Desde el bolchevismo, no tiene sentido alguno hablar de partidos comunistas nacionales, y todo partido comunista singular debe entenderse como delegación territorializada del partido comunista internacional.

Ahora bien, esas delegaciones que constituyen la subdivisión de la internacional lo deben hacer para el marxismo a escala “estatal”, entendida ésta como la escala de poder a la que la oligarquía organiza los principales mecanismos políticos y económicos de intervención, como son la política monetaria, las finanzas, la política fiscal, la política de infraestructuras, la ordenación

territorial y sectorial de las ramas estratégicas del trabajo o la fuerza militar unificada. Por eso, en la internacional comunista los partidos integrantes se organizaban a escala estatal y, por el mismo concepto, hoy es necesario subdividir el partido comunista internacional a escala de los supraestados que componen el nuevo y conflictivo orden mundial de la burguesía.

Finalmente para el marxismo-bolchevismo se trata mediante la ofensiva de destruir el aparato de estado de la burguesía (destruir la maquinaria burocrático-militar del ejército, la policía y la judicatura separadas del pueblo trabajador; disolver las instituciones de poder del estado burgués que encuentran su sede en el parlamento, en el gobierno y en los partidos institucionales; y expropiar la totalidad del aparato técnico y de las finanzas), mientras que, por el contrario, se edifica un estado proletario transitorio para ejercer la dictadura democrática del proletariado mayoritario, bajo el modelo del estado comuna (milicia popular general; cargos permanentemente revocables con salario normal de obrero; socialización y planificación centralizada de las ramas estratégicas de la producción). Este armazón conceptual de la concepción estratégica del bolchevismo sobre el estado comuna es de máxima importancia frente a todo intento de canalizar y asimilar al estado burgués, a la forma de poder de la burguesía, a los destacamentos políticos del proletariado. El poder político de la burguesía debe ser destruido y no hay ningún atisbo de comunismo en quienes defienden la neutralidad del estado de la burguesía y la necesidad de volcar en su dinámica institucional los intereses de las clases trabajadoras.

Sin embargo, el estado comuna debe actualizarse y la teoría marxista del estado debe desarrollarse con un programa claro de lo que significa hoy el estado comuna y, sobre todo, de la potencialidad que tiene como modelo de organización social económicamente superior y más democrático dado el avance de las fuerzas productivas.

2.2. El modelo actualizado de partido comunista

Los elementos centrales del modelo de partido comunista actualizado que plantea la nueva estrategia son los siguientes: la doble estructura de consejos socialistas en producción y



distribución; la concepción social e histórica del poder y el partido comunista como obrero colectivo compuesto de órganos de poder; la construcción de organizaciones transitorias de frentes, de carácter socialista, para la recomposición del proletariado revolucionario frente a la fragmentación y la ideología burguesa; y dos cuestiones complementarias: una nueva táctica cultural para la fase de construcción del partido comunista y una actualización de la dimensión de escala territorial del partido.

Hay otra serie de cuestiones secundarias que componen la actualización del modelo, que no se tratan en este documento político.

El apartado del modelo de partido de este documento cierra con una breve exposición de la periodización de la nueva estrategia que denominamos “proceso socialista”.

I. Producción y distribución: la doble estructura centralizada de consejos socialistas

La escisión de identidad (y la competencia directa) entre el trabajador y el desempleado, que tiene a la base una escisión real del proletario consigo mismo, como consumidor y productor, es estratégica para la burguesía, y un talón de Aquiles para el proletariado como agente histórico unificado.

Además, en conexión con esto, es también una escisión de la sociedad burguesa entera, tal y como la burguesía ha organizado su estructura de decisión y mando: para la producción, por un lado, y para la distribución y consumo, por otro. La existencia de aparatos del poder burgués separados para el gobierno de la producción y la distribución (en el caso de la producción, los organismos políticos supraestatales, y los órganos directivos de las finanzas y las grandes multinacionales; para la distribución, el estado y algunas empresas estratégicas de logística, de comercialización de alimentos, energía, etc.), hace necesaria una doble estructura de partido que desarrolle la estrategia formando para el proletariado revolucionario y para el partido comunista un doble proceso de toma de control: de la producción social, por un lado, y de los mecanismos de la distribución y del fondo de consumo, por otro.

De no existir una línea definida de estrategia para el control de ambas dimensiones de la

sociedad burguesa, es imposible plantear la posibilidad de un estado socialista que tome el control del proceso social, en lugar de acabar subordinado a la dinámica económica burguesa. La cuestión de la “toma de poder” sólo podrá ser resuelta cuando el proceso de edificación de todas las condiciones políticas en ambos frentes estén dadas, y no antes. Es decir, cuando el proletariado esté en posición, por su grado de desarrollo político, organizativo e histórico, de hacerse con el poder de las dos grandes esferas de la sociedad burguesa y de unificarlas bajo un nuevo modelo histórico.

Para que el partido comunista dé la batalla estratégica en estos dos planos de la vida social, y siendo los consejos socialistas sus máximos exponentes de dirección política ramificada, estos se habrán de dividir, por un lado, sectorialmente para el control de la producción y la dirección de las luchas en el aparato productivo, y, por otro, territorialmente para el control democrático de la distribución y la dirección de las luchas salariales.

La táctica por el control de la producción tendrá tres ejes de lucha:

1. La edificación progresiva de una democracia proletaria dentro del proceso de trabajo de cada rama de la producción;
2. La transformación progresiva del trabajo y del producto de su forma capitalista (de poder burgués) a una forma socialista (de poder proletario). Modificación formal de toda la producción, de los intereses de la ganancia empresarial o los intereses de clase de la burguesía en su conjunto, y transformación del producto de cada rama de trabajo en base a los intereses de clase del proletariado revolucionario y de la estrategia socialista. Es decir, que el planteamiento, lejos de todo utopismo, es aumentar mediante la lucha de clases la cuota de control del proceso productivo para hacerlo progresivamente efectivo a la estrategia socialista en sí mismo, económicamente hablando.
3. Por último, la lucha por las condiciones laborales, tendiendo a la unificación de las condiciones del trabajo de cada gremio y a la calidad del proceso de trabajo (para el propio trabajador).

Obviamente los tres ejes de lucha tienen en



común la necesidad de orientar como unidad estratégica las tres líneas en torno a un sólo punto: disminuir el control burgués sobre la producción y aumentar mediante la lucha el control proletario. No hay estrategia socialista posible sin que el partido comunista sea un partido estructurado en todo el aparato de producción, con vistas a generar así en la propia economía el núcleo de la toma del poder.

En lo que respecta a la táctica por el control de la distribución o las “luchas salariales”, el planteamiento consiste en la apuesta organizativa por combatir en todas las modalidades de salario general (directo, indirecto y diferido) mediante el modelo que hemos denominado autodefensa socialista. Lejos de la práctica del sindicalismo/reforma parlamentaria y de la mera lucha económica corporativa, el objetivo central de las luchas salariales es la propaganda estratégica por la necesidad del control político de la distribución y de sus mecanismos sociales por parte del proletariado organizado en partido.

Ese control en desarrollo debe ir organizándose en torno a los consejos socialistas territoriales, que son los órganos de partido del proletariado frente a la estructura territorial de la burguesía, una estructura burguesa de la distribución que se divide tanto en su entramado institucional del estado, como en el conjunto de grandes multinacionales de la distribución alimenticia, energética, inmobiliaria, etc. Es decir, en esto lo “público” y lo “privado” se reparten, dentro del mismo modelo burgués, el control de la distribución de los medios de vida de la clase trabajadora. Nuestro modelo es la expropiación de estos mecanismos de la distribución a la burguesía, para ponerlos en las manos del proletariado y sus consejos o células de estado propio, unificando toda la distribución y organizándola bajo la lógica socialista, fuera de la lógica de la ganancia y el salario.

Por último, la forma salarial de todo el consumo hace que la táctica deba amoldarse a esta forma actual de la sociedad. Es decir, la apuesta es, por un lado, el alza constante de la cuota general de salario frente a la ganancia global, o expropiación progresiva de la ganancia (obviamente, esto se desarrollará mediante las luchas particulares por subidas de salarios y servicios y asistencia gratuita) y, por otro lado, el principio de universalidad de las condiciones de existencia (con lo que supone de luchas

concretas por la igualación del salario en todos los gremios del trabajo social y, a su vez, para los proletarios de las distintas naciones luchando contra la base de desigualdad que supone el imperialismo).

Romper, por un lado, la legitimidad de la ganancia y la explotación y, por el otro, las diferencias sociales dentro de la clase trabajadora, la meritocracia y la desigualdad social, organizando el proceso de lucha en torno a los consejos socialistas territoriales del proletariado revolucionario, que acaben constituyendo un poder efectivo que administra la gratuidad y el acceso universal a vivienda, alimentación, infraestructura social y cultural, sanidad, educación, transporte, energía, etc. es el objetivo de un nuevo programa histórico de distribución socialista, socializada y bajo el control universal de una clase universal emancipada.

II. El partido comunista como obrero colectivo consciente

La problemática del poder ha tenido dos vertientes principales en el movimiento obrero: la primera es considerar que el poder reside en el estado y que se trata de tomarlo, ya sea para administrarlo (socialdemocracia), ya sea para destruirlo y construir uno propio (marxismo). La segunda vertiente, de corte anarquista, en su rechazo del poder político, acaba por negar el poder del estado reduciéndolo a un ente que podría abolirse inmediatamente para “empoderar” así a individuos y comunidades. La toma del poder no sería necesaria para esta posición, que tradicionalmente se ha unido con el socialismo utópico o bien con cierto bakuninismo.

Sin embargo, ambos puntos de vista presentan problemas importantes. En primer lugar, porque el poder es una totalidad social que va más allá del estado, cuando el estado no es más que una síntesis del mismo, de tal manera que, aunque por un lado ningún individuo o pequeño colectivo conspirativo representa una síntesis de poder capaz de hacer frente y doblegar al poder capitalista, tampoco la mera “toma de control” del estado pone en las manos de los “insurrectos” el poder social. No obstante, el marxismo ha acertado en parte al considerar que el estado es la puerta de acceso al control de la síntesis de poder más amplia y centralizada y, lo que no es menos importante, del control militar



de la sociedad. Sin embargo, no hemos sido capaces de conceptualizar el poder en términos de totalidad, una totalidad que se reproduce y se amplía sobre todo en la producción burguesa, en el control técnico de los procesos económico-sociales y de las finanzas, de tal manera que nos movemos en una concepción politicista y puramente estatalista del poder.

Lo que necesitamos es un concepto dialéctico de poder y de la concepción estratégica de la “toma del poder”, que lo entienda como totalidad social configurada y en contradicción en pleno desarrollo mediante la lucha de clases, de manera que la toma del poder estatal consiste exclusivamente en un momento (necesario y cualitativo) del proceso global de transformación del poder social, de su forma capitalista y de clase, a una forma socialista y universal. Es decir, que la toma del poder político (en el marco de los supraestados geoestratégicos, como veremos más adelante) es de hecho uno de los últimos (y necesarios) pasos de la lucha de clases y de la construcción de nuevo poder para el potencial nuevo ciclo revolucionario.

El segundo problema, en conexión con el primero, es que al no conceptualizar el poder como “poder social” unido a la totalidad (poder que en su ejecución es al fin y al cabo capacidad técnica), el leninismo ha relegado a la insurrección la cuestión de que el proletariado revolucionario tenga sus propias capacidades técnicas que poner al servicio del proceso revolucionario y la estrategia socialista, más allá de un pequeño número de habilidades teóricas, propagandísticas y militares. De tal manera que el modelo de militancia se ha volcado exclusivamente a la idea del cuadro político profesional, excluyendo la idea de un partido compuesto también por todo tipo de cuadros técnicos. Éste es uno de los graves inconvenientes del modelo leninista de partido, que por un lado ha imposibilitado la conquista del poder político allí donde la sociedad burguesa estaba industrialmente desarrollada y que ha derivado, en las revoluciones semiperiféricas socialistas, una vez llegados al poder, en que los partidos comunistas se vean obligados por la coyuntura a edificar sobre la base del capitalismo la nueva sociedad, al carecer de estructura organizativa técnica organizada a la que incorporar la conquista y la expropiación de tierras y medios industriales.

En definitiva el nuevo partido comunista de

masas debe tener una concepción social del poder, unida a la totalidad, y esto tiene su expresión organizativa interna en los órganos de poder técnico del partido, tan diversificados como necesarias sean las capacidades técnicas para responder a la estrategia en todos los frentes.

Los órganos de poder deben tener su capacidad de ejecución en la disciplina militante exactamente igual que los cuadros políticos y sólo de forma auxiliar en la liberación asalariada de cuadros técnicos muy específicos, siempre en una proporción mínima, porque la dependencia a la salarización del partido es la dependencia al capital de los procesos de trabajo del propio partido.

Los órganos de poder técnico del partido están subordinados en todo momento a la dirección estratégica del partido.

El partido comunista como obrero colectivo consciente es en sí, de este modo, la plataforma de construcción de la economía socialista, que realmente sólo puede desarrollarse por completo una vez se alcance la hegemonía política y la forma de estado, y se expropié y socialice todo el aparato técnico productivo, disolviendo las estructuras políticas de mando de la burguesía con la garantía de poder substituir su fundamento simultáneamente, que está en la producción burguesa.

Es decir, la socialización de la producción, programa inacabado en el anterior ciclo revolucionario, es la fusión de todo el aparato técnico de avanzada, hoy bajo control de la burguesía, con la plataforma económica socialista en proceso, que ya debe ser el partido comunista; fusión que sólo será el resultado de la victoria y subordinación del enemigo de clase. Esta nueva concepción de la estrategia, que llamamos constructivismo político, es central para superar las limitaciones históricas (por otro lado necesarias e inevitables para el desarrollo histórico de nuestra clase) del etapismo político del ciclo revolucionario anterior.

El crecimiento proporcional de los órganos de poder técnico, así como la tarea de desarrollar un modelo organizativo eficaz para esta diversificación técnica del modelo de militante comunista, es responsabilidad colectiva del nuevo proletariado revolucionario si quiere optar a postularse como nueva base de civilización.



La disciplina militante debe ser, en ese sentido, unida a la forma democrática del partido, la nueva ética económica del socialismo, donde el trabajo, liberado ya de su caparazón salarial y subordinado, se convierte en la expresión personal de la libertad política, pero también en su fundamento permanente más allá de la forma jurídica. La disciplina socialista es así la materia central del nuevo poder en construcción, un poder que debe entenderse en su forma más general y diversa, pero sin excluir de ninguna de las maneras el objetivo de la ofensiva estratégica y la cuestión del estado.

III. La recomposición del proletariado revolucionario como agente unitario. Edificación de organizaciones transitorias de frentes como andamiaje de partido

El proletariado hoy se encuentra en situación de descomposición no sólo política, sino también cultural e identitaria. Ésto tiene un claro efecto en la política de las identidades fragmentadas, que han descompuesto el sujeto de clase proletario en base a las distintas modalidades de opresión que adquiere el sistema de clases en la sociedad burguesa, muchas de ellas heredadas de formaciones sociales anteriores o de relaciones de poder entre grupos, históricas y endémicas de cada zona (como la relación subordinada entre naciones, grupos étnicos, religiosos, etc.), que ahora se expresan en su forma burguesa moderna, fusionada con el capitalismo y los nuevos estados burgueses.

Estas formas de opresión sirven de forma compleja para reforzar el poder de la burguesía y lo hacen de diversas formas: porque generan una estructura de subordinación cultural entre sectores sociales que apuntala el orden internacional de los estados burgueses; porque refuerza la estructura social burguesa con el disciplinamiento mediante cuadros sociales intermedios (el marido autoritario, el violador, el racista, el nacionalista de nación dominante, el colono, etc.) dentro del propio proletariado, que hacen de correa de transmisión del orden burgués sexual, familiar, nacional, racial, etc.; porque devalúan políticamente (e incluso educan en la sumisión) a los sectores proletarios oprimidos disminuyendo así las fuerzas políticas del proletariado; porque contribuyen a aumentar las tasas de explotación sobre el proletariado nacional, racial o genéricamente oprimido y laboralmente devaluado; porque estructuran mercados con productos y servicios

directamente fundamentados en el esclavismo y la violencia estructural contra colectivos proletarios (como la prostitución, la gestación subrogada o la esclavitud y semiesclavitud infantiles en zonas periféricas); porque generan divisiones y violencia estructural entre proletarios, atomizando a nuestra clase y desestabilizándola haciendo que las comunidades proletarias se autodestruyan con la violencia; y, sobre todo, porque desarticulan la conciencia unitaria de clase, borrando a la clase y fragmentando su unidad en diversas identidades políticas artificiales e interclasistas, atando estas luchas a la reforma estéril y al programa burgués y eliminando del campo de visión la raíz histórica actual que reproduce las opresiones, que no es otra que la sociedad de clases y la producción burguesa a las que siguen siendo funcionales.

De manera que es necesario ampliar la lucha de clases a cada una de estas formas político-culturales específicas (modalidades de opresión) del poder burgués. Un poder burgués que es un poder complejo que, si bien se fundamenta en la dominación económica de clase y la dinámica de expropiación, se complementa en su manifestación histórica concreta con la existencia política y cultural de las formas de opresión y la violencia estructural de unas naciones sobre otras, la violencia y subordinación de la mujer trabajadora, el menosprecio a la diversidad sexual, el racismo y el menosprecio al proletariado migrante, el colonialismo sobre los pueblos originarios de la periferia, e incluso la persecución religiosa allí donde es funcional al capital.

El movimiento socialista en expansión necesita articular organizaciones que sean capaces de unir con la estrategia socialista los procesos de lucha contra las opresiones estructurales. Esto debe hacerlo con dos objetivos principales: por un lado, para desmontar las identidades interclasistas, rompiendo el nexo de falsa conciencia de los colectivos oprimidos con el programa burgués de reforma, y generando la conciencia unitaria socialista del proletariado revolucionario en todos los sectores política y culturalmente oprimidos del proletariado internacional (mujer proletaria, comunidades migrantes, colectivos LGTBI, comunidades nacionales oprimidas, etc.), mientras que el movimiento socialista debe ser garantía de educación de todo el proletariado en su seno, contra toda forma de violencia y opresión. El



comunismo representa para el proletariado la liberación completa de toda forma de opresión y el partido en construcción debe ser la realización concreta de esa máxima.

En ese sentido, es imprescindible completar la teoría comunista y el análisis marxista de la sociedad en términos de totalidad de dominación, siendo capaces de explicar desde el marxismo cada forma de opresión y cada conflicto concreto. Dicho de otra manera, frente al feminismo, el nacionalismo, etc., debemos desarrollar un punto de vista socialista de cada forma de opresión, y explicar y desarrollar cada frente de lucha como lucha de clases del proletariado revolucionario unificado, frente al partido de la burguesía en su conjunto. Diversos planteamientos mixtos que aparecen bajo la terminología feminista o nacionalista, deben ser depurados a través del debate y de forma inteligente, no perdiendo la opción de fusionar a ciertos destacamentos del feminismo, del antirracismo, del antifascismo, de las luchas de liberación nacional, de este modo, con el socialismo. Ahora bien, esto sin excluir una confrontación clara y abierta con el programa feminista, nacionalista, etc. En definitiva, con el interclasismo y las políticas reformistas en todos los frentes.

En segundo lugar, las organizaciones de frentes contralformasdeopresión, además de fusionar a los sectores oprimidos del proletariado con el movimiento socialista en expansión, deben desarrollar una táctica eficaz para, mediante la lucha política de clases y la estrategia socialista, bloquear progresivamente la función específica del poder burgués que representa cada forma de opresión, teniendo en cuenta la diversidad de funciones que puede estar cumpliendo cada forma de opresión concreta.

Estas organizaciones deben entenderse de forma transitoria y se agotan junto con la fase de movimiento socialista, donde la táctica cultural de unificación y de hegemonización todavía está en pleno desarrollo, y, una vez el partido comunista es reconstituido, todas estas tácticas de frentes deben ser desarrolladas por el propio partido.

Anexos

1. ANEXO. La táctica cultural: unificación y hegemonización

La nueva táctica cultural para la fase de movimiento socialista, para la primera fase del proceso socialista, tiene dos grandes objetivos, que suponen las dos partes complementarias del objetivo estratégico de fase: reconstituir la independencia política del proletariado. Al primero de estos objetivos lo denominamos la táctica de unificación, y el segundo gran objetivo consiste en la hegemonización del comunismo en el nuevo proletariado.

La táctica de unificación consiste en el proceso de construcción organizativa, mediante la fusión de destacamentos y la expansión unificada de la organización-movimiento, compuesto por una amplia estructura militante proveniente de escisiones y destacamentos aislados territorialmente dispersos. En ese sentido, se trata del conjunto de tareas necesarias (construcción y actualización de la teoría revolucionaria y de su aplicación de coyuntura, propaganda, agitación, elección de los escenarios de lucha y ejecución de procesos de lucha) y la forma de orientar la táctica general, de cara a ampliar y unificar una gran red centralizada de militantes.

Es de máxima importancia, en este sentido, asegurar una ruptura generacional política, que politice en gran escala a la juventud proletaria, haciendo que una parte importante de ella se incorpore a las filas militantes del partido. Para cumplir con este objetivo, para la táctica cultural de unificación o de construcción organizativa centralizada del partido comunista, deben darse los siguientes dos elementos:

1. La centralidad del debate estratégico racional, para la unificación de los distintos destacamentos y organizaciones en base a la demostración, lógica y práctica de los planteamientos y discursos más acertados.

Es decir, que todos los comunistas honestos, desde sus destacamentos y organizaciones, deben subordinarse al imperativo de unificación racional, de reconocimiento de los aciertos para la confluencia y de la necesidad de ir poco a poco deshaciendo las viejas siglas amortizadas,



fragmentadas y enfrentadas entre sí, que ya no son útiles para una nueva generación que pretende reconstituir el partido comunista actualizado. Con esto no quiere decirse de ninguna manera que tras estas siglas no se puedan encerrar elementos de acierto que hay que incorporar al proceso. Pero no puede permitirse, de ninguna manera, el debate corporativo e irracional entre destacamentos imperante durante el último medio siglo en el movimiento comunista internacional, destacamentos que, ninguno de los cuales es, ni de lejos, un partido comunista según el concepto del bolchevismo.

En todo caso, son las nuevas referencias organizativas del movimiento socialista las que deben romper con la cultura de debate dogmático, irracional y corporativo del marxismo-leninismo contemporáneo y poner la nueva base de un auténtico debate racional de unificación de partido, más acorde al bolchevismo clásico. De modo que estas organizaciones deben ser ejemplo de honestidad y racionalidad en el debate de posiciones. La consecuencia lógica de un debate de semejantes características es, obviamente, un proceso de fusión de aquellas siglas que actúen de forma racional y de pérdida de peso o disolución de aquellas otras que actúen de forma corporativa. Sólo sobre la base de una reedición del racionalismo político puede formarse la unidad conceptual para las grandes organizaciones revolucionarias hoy temporalmente extintas.

El debate estratégico, de darse de manera adecuada y ser el centro gravitatorio del crecimiento proporcional de la organización-movimiento, puede suministrar una base de militancia suficientemente numerosa para lanzar el proceso de lucha ideológico-cultural con garantías y esperanzas, de manera que la juventud proletaria despolitizada se incorpore en masa a las nuevas organizaciones referentes del movimiento socialista. Este elemento de proceso dirigido a los destacamentos politizados, debe darse de forma simultánea a un segundo proceso o elemento de la lucha cultural por la unificación de partido de una amplia red militante.

2. Este segundo elemento consiste en la lucha ideológico-cultural adecuada dirigida a la juventud proletaria, en general, y a la juventud migrante, con especial dedicación, más allá de los círculos militantes y del movimiento comunista fragmentado actual.

Una lucha cultural que debe compaginar proporcionalmente propaganda (explicación del programa y de la teoría revolucionaria y adecuación a las problemáticas concretas de actualidad, siempre reducida a ciertos círculos que manifiestan mayor interés) con grandes dosis de agitación (diversificada a distintas formas de expresión, consiguiendo captar el interés y la atención de todos los sectores juveniles y la adhesión y la participación de grandes masas de jóvenes trabajadores a la nueva militancia).

En ese sentido, la ruptura política tiene en un primer momento como eje central la construcción de grandes organizaciones juveniles unificadas, que sirvan de referente general de la ruptura revolucionaria con la socialdemocracia y de elemento organizativo de expansión de la red militante. Esto no quiere decir que no se deba hacer desde el principio labor de lucha cultural en otros sectores proletarios como son los trabajadores precarios, los desempleados, las personas migrantes, las mujeres proletarias y demás, sino que cada uno de estos sectores tiene un cisma generacional en su seno y que hay que priorizar en todos ellos la propaganda y agitación dirigidas a la juventud, en lo que respecta a expandir la estructura militante.

Hasta aquí de forma sintética las líneas generales de actuación de la táctica de unificación. Unificación de destacamentos y expansión de la cultura militante en todos los sectores de la juventud proletaria, asegurando la ruptura política generacional que metabolice la realidad objetiva de la ruptura social de un nuevo proletariado devaluado y sin derechos ni futuro en el orden social capitalista.

La segunda táctica que denominamos hegemonización consiste en el conjunto de tareas necesarias para convertir al comunismo, a la visión del mundo socialista y a la conciencia socialista en hegemónicas en el proletariado y en su cultura cotidiana. Es decir, ésta es una táctica de carácter más amplio, que debe apuntar al conjunto del proletariado, a todos los sectores proletarios, y que busca no tanto crear tejido militante, cuanto generalizar una forma cultural política y, de esa manera, convertir en referente de cambio histórico a la revolución socialista como horizonte y al partido comunista como su agente ejecutor. Simultáneamente, la conciencia socialista es incluso más importante que el partido; o dicho de otra manera, llegado



a cierto punto la función educativa del partido es crucial para la existencia de un orden civilizatorio superior.

En ese sentido la lucha cultural propiamente dicha es ésta: no tanto la que crea simplemente una red de militantes, sino la que cambia a la sociedad entera formando las bases humanas para la revolución socialista. De ahí la importancia crucial de la lucha cultural por la hegemonía, por ese plus cultural de legitimación en el seno de la clase trabajadora, del partido como agente histórico político, que es indispensable para que éste se convierta, fusionado con el interés real de la clase, en agente histórico de ofensiva de clase y transformación.

Los medios, siendo los mismos (propaganda, agitación, elección y ejecución de las luchas de forma acertada, aplicación acertada del discurso de coyuntura que despliegue la estrategia y explica cada lucha como momento del proceso, etc.), pero todo esto ahora orientado a educar políticamente a toda la clase.

Tienen especial importancia, en ese sentido para una táctica cultural que opte a la hegemonía, las siguientes tareas constantes:

- Confrontar en público, en cada problemática concreta que afecta al proletariado, al partido del capital, especialmente a su ala izquierda socialdemócrata, y desenmascarar su discurso economicista y oportunista ante todo el proletariado, con todos los medios disponibles. El movimiento socialista no puede rehuir en ningún momento la confrontación dialéctica y cultural con la socialdemocracia en cada uno de los asuntos importantes de la agenda política.
- En segundo lugar, la efectividad en las luchas, la elección correcta de los escenarios de confrontación con el enemigo, de forma proporcional a la importancia del escenario y nuestras fuerzas tácticas. La efectividad y las victorias parciales ayudan a generar en el proletariado la idea de la posibilidad en sus propias fuerzas y, en especial, en la potencialidad de la gran organización revolucionaria frente a las organizaciones de reforma, para hacer frente a la ofensiva de la burguesía en el contexto de crisis apuntando a la revolución socialista.
- En tercer lugar, la cohesión de la propaganda

y el discurso de coyuntura con el marco estratégico, junto con la claridad del mensaje a la hora de hacer agitación, fácilmente inteligible para todos los sectores del proletariado y no sólo su vanguardia intelectual.

- En cuarto lugar, que la organización-movimiento sea también una fuerza efectiva que suprime toda forma de violencia sexual, de género, étnica, racial, etc. dentro del seno de las comunidades proletarias y los sectores proletarios, de manera que va educando y generando una normatividad socialista, con su propia fuerza organizativa, dentro de la propia clase, cuando ahora es la burguesía la que con sus fuerzas policiales impone lo que es aceptable y lo que no. La batalla por la normatividad es fundamental a la hora de transformar los patrones culturales; la ausencia de la gran organización revolucionaria ha provocado una lumpenización del proletariado y un vaciamiento ético de sus comunidades.

Éstas y algunas otras cuestiones son las que componen la lucha cultural en sentido estricto, a lo que denominamos “hegemonización del comunismo en el nuevo proletariado”.

2. ANEXO. La escala organizativa territorial: cuestión estatal y cuestión nacional en la actualidad

Crear un gran partido de ofensiva unificado para cada bloque geoestratégico es la apuesta mínima de cara a la efectividad. La estrategia no puede desarrollarse sin combatir a la burguesía a la escala en la que reúne los atributos políticos, militares y de organización de la producción y la distribución sociales. Estos atributos de mando y gobierno capitalistas son en parte los atributos clásicos del estado, en parte los atributos de las grandes multinacionales que organizan y parcialmente planifican, para maximizar la oportunidad de sus tasas de ganancia, cada bloque de intereses financieros.

Los órganos de poder de estos bloques supraestatales o bloques civilizatorios del nuevo orden burgués internacional van desde las grandes instituciones financieras, fondos de inversión y los bancos centrales, pasando por estructuras no públicas de decisión de las oligarquías, hasta las formas más políticas como son en nuestro caso la Unión Europea y sus



instituciones. La escala territorial supraestatal es una obligación dada el grado de mundialización actual de la competencia entre capitales y de avance de la concentración de capital para la competencia tecnológica y financiera, junto con la necesaria unidad de las burguesías nacionales en gran escala para el saqueo y aseguramiento de recursos energéticos y materias primas en sus respectivas zonas de influencia coloniales. A lo que hay que añadir que las estructuras de estado nacional están completamente financiarizadas, endeudadas y dirigidas desde instituciones supraestatales.

En ese sentido, las grandes políticas y grandes competencias que a principios de siglo, en la época de los grandes imperios, eran atribuidas a los estados nación, hoy se organizan a escala supraestatal. La Unión Europea, los Estados Unidos de América, la República Popular China o la Federación Rusa son los principales agentes con cierta capacidad imperialista en este sentido, con distintos grados de unificación y desarrollo cada uno de ellos y obviamente distinto peso en el escenario mundial; aunque en otras zonas geoestratégicas del planeta existen dinámicas de confluencia y unión entre estados que apuntan en la misma dirección, tanto en Latinoamérica o en otras zonas de Asia.

Por lo tanto, el equivalente a escala de los partidos proletarios de ofensiva en los ciclos revolucionarios anteriores, que correspondía a la escala de los estados nación (aunque en ciertas ocasiones y según ciertos debates a los grandes imperios), hoy definitivamente debe organizarse a escala supraestatal como partidos unitarios de ofensiva, descartando la posibilidad definitivamente, en estos bloques donde la sociedad burguesa está completamente desarrollada, de revoluciones políticas nacionales-estatales aisladas. La posibilidad de la ofensiva está completamente subordinada a un desarrollo organizativo y estratégico proporcional, como mínimo, a escala de los grandes macroestados, si cualquier proceso no desea ser aplastado completamente a la primera de cambio. Debe descartarse por completo, hoy más que nunca, la idea de la revolución en un sólo país, hasta el punto de partir por descartar la idea de “un partido comunista por cada país”.

No obstante, los partidos comunistas no pueden obviar la existencia de la falsa conciencia burguesa dominante, que explica toda la dinámica política y económica de los supraestados en términos

de su manifestación en las respectivas políticas nacionales, continuando con la ficción de la política nacional. Por lo tanto, es indispensable igualmente que los grandes partidos comunistas a escala supraestatal tengan consejos nacionales que sean capaces de actuar de referentes del partido en cada territorio nacional y participar en el debate político nacional, destapando en todo momento la intencionalidad de clase y el origen internacional de las decisiones políticas de sus respectivas burguesías y los partidos políticos nacionales de profesionales mercenarios.

Por último, en aquellos estados donde existen diversas comunidades nacionales proletarias que se encuentran en estado de subordinación nacional (es decir, donde el derecho de autodeterminación a la secesión nacional ha sido impedido históricamente por la fuerza), además de que por defecto el partido comunista debe defender el derecho de autodeterminación de cada nación, el partido comunista debe valorar a su vez la potencialidad de actuar o no en nombre de un consejo nacional propio de la nación oprimida, siempre dependiendo del grado de adhesión del proletariado nacional, especialmente del proletariado nacional potencialmente movilizable, a esta perspectiva nacional. La importancia de esto no va más allá desde el punto de vista del grado organizativo, ya que la centralidad de la estrategia debe desarrollarse a escala de los grandes supraestados, y posteriormente, ceñirse a escalas sucesivas de la administración burguesa, inevitablemente. De tal manera que de una o de otra forma, el consejo nacional debe educar de forma constante al proletariado contra la óptica nacional y en favor del internacionalismo proletario, ya que el proletariado, en términos políticos, no puede en ningún caso ser una clase nacional. Que esto se haga en nombre de un consejo socialista nacional de una u otra nacionalidad es lo de menos y depende de factores muy coyunturales.

En lo que respecta a la doctrina sobre el derecho de autodeterminación leninista, debe ser modificada, de derecho formal burgués, puramente negativo, a una reformulación directamente unida al programa socialista, es decir, al programa del estado comuna supraestatal, donde todas las nacionalidades oprimidas vean realizado su derecho de autodeterminación y, así, su posibilidad de tener consejos nacionales propios para la administración de su cultura, de su lengua, de



su historia, y de su economía de escala, que también existirá bajo el socialismo. Pero, en todo caso, el derecho de autodeterminación debe ser ya directamente reivindicado, en aquellas naciones sin estado, como derecho de autodeterminación a un poder proletario estatal propio, es decir, a un estado socialista, separando la voluntad nacional del proletariado de los intereses de la burguesía nacional y fusionándolo con el proceso socialista y la necesidad de una revolución proletaria a escala internacional.

3. ANEXO. Breve caracterización del proceso socialista como concepto histórico

El proceso socialista es la forma de enunciar la periodización de un potencial tercer ciclo revolucionario (definitivo en la lucha de clases moderna) que complete la forma histórica ensayada por los ciclos de revoluciones proletarias anteriores, donde la Comuna de París y la Revolución Soviética representan los dos casos paradigmáticos de evolución.

La inauguración de un tercer ciclo revolucionario a escala internacional tiene a la base el contexto de crisis histórica de la formación social burguesa y sus consecuencias sociales. El proceso comienza con la necesaria ruptura con el partido de la reforma por parte del nuevo proletariado, masivo a consecuencia de la proletarianización y la crisis, especialmente de las nuevas generaciones proletarias. Comienza en todo caso con la ruptura en forma de destacamentos aislados y escisiones del partido de la reforma de cada país, especialmente de sectores juveniles del proletariado politizado.

De forma inmediata estos destacamentos tienen la tarea inexcusable de formarse teóricamente en la teoría revolucionaria, de conocer los ciclos revolucionarios anteriores, de estudiar el marxismo y de dar forma a sus intuiciones políticas a través de la conciencia socialista heredada mediante el estudio sistemático del movimiento revolucionario. La dirección política de estos jóvenes destacamentos es, por lo tanto, absolutamente determinante, sin la cual la dinámica de lucha y crecimiento organizativo quedará despegada del objetivo estratégico de la independencia política del proletariado, del partido comunista y de la revolución social internacional.

Partiendo de la base del estudio colectivo

permanente, sobre la cual se edifican todas las formaciones organizativas y las tareas de coyuntura sobre la teoría revolucionaria, los destacamentos de ruptura con el reformismo forman estructuras organizativas susceptibles de experimentar un crecimiento proporcional mediante una táctica cultural correcta.

En ese proceso, donde de forma territorialmente localizada (sobre todo a escala nacional heredada del contexto político anterior) comienzan a surgir organizaciones centralizadas con cierto grado de capacidad táctica, es donde hablamos de movimiento socialista. El movimiento socialista es la expresión organizativa que pone las bases para desarrollar con potencial éxito el proceso de lucha cultural que debe conseguir, por un lado, unificar en partido a los destacamentos territorialmente localizados de la ruptura estratégica con el reformismo a través del debate estratégico y, por otro, de expandir hacia la hegemonía a la conciencia socialista entre el nuevo proletariado, a través de la propaganda, la agitación, la lucha táctica y la diversificación y expansión organizativa.

El movimiento socialista agota la primera fase estratégica una vez completada la unificación organizativa y la hegemonización cultural del comunismo en las masas del nuevo proletariado, configurándose así un nuevo sistema internacional de grandes partidos comunistas a escala de los grandes bloques imperialistas y geoestratégicos, partidos comunistas unificados estratégicamente en una nueva internacional revolucionaria.

Entendemos así que el movimiento socialista consiste en la primera formación organizativa centralizada, a escala nacional o regional, del proceso, donde la estrategia debe ser actualizada y desarrollada teórica y políticamente a todas las formas de la coyuntura histórica, y ejecutarse con éxito la lucha cultural. El objetivo estratégico principal de la fase es la reconstitución o reconfiguración del partido comunista como concepto, actualizado con nuevo modelo, capaz de relanzar el ciclo revolucionario a las escalas geoestratégicas de actualidad. El partido comunista, o su internacional unificada, representa así la sede centralizada del nuevo poder y, en la tercera fase a la que denominamos estado comuna o estado socialista, la concepción dialéctica del poder consiste en entender al estado comuna como el desarrollo dialéctico del partido



comunista o la internacional de partidos comunistas, y no como un elemento externo al partido. La diversidad de corrientes y puntos de vista políticos, que denominamos debate estratégico, se resolverá así en la forma interna del partido-estado, exactamente igual que hace la burguesía, con un único estado y un sistema de partidos que en realidad está unificado como único partido de estado con distintas corrientes, sólo que ese único partido burgués representa los intereses de las clases propietarias, mientras que el partido comunista y el estado comuna se edifican sobre la universalidad de la libertad política y los intereses universales de una sola clase emancipada.

Aclarada la concepción dialéctica del proceso, y volviendo a la segunda fase o fase de partido, ésta consiste en la apertura de un nuevo ciclo revolucionario, es decir, el proceso socialista se acelera y torna de nuevo en proceso revolucionario por derrocar el poder de las oligarquías financieras y de las burguesías nacionales entronizadas en los aparatos de estado. La toma del poder y la aniquilación de todas las estructuras de estado de la burguesía y especialmente el aparato supraestatal de gobierno de la oligarquía, por un lado, y la expropiación y socialización de toda la avanzada técnica del aparato productivo, junto con la adhesión de todas las capas superiores técnicas de la clase trabajadora al proceso socialista, por otro, son los dos grandes objetivos de la fase revolucionaria de partido, fusionando así las atribuciones estatales y técnicas más avanzadas con la plataforma de civilización socialista que supondría la internacional de partidos comunistas de nuevo modelo, y democracia centralizada de consejos territoriales y productivos.

La toma del poder y la edificación del estado comuna internacional del proletariado revolucionario, junto con sus divisiones territoriales, y la forma política que esto adquiera a partir del modelo de estado comuna no son objeto de este documento, y será tarea de los partidos llegados a esa fase actualizar la teoría revolucionaria del estado marxista a la actualidad como última fase del proceso de edificación y transición hacia una nueva civilización comunista sin clases.

Nuestra tarea en el presente es relanzar el proceso socialista. Articular de nuevo un poderoso sistema político internacional

proletario de partidos comunistas de masas disciplinados, eficaces y guiados por el objetivo de la revolución socialista mundial y la completa emancipación del proletariado.

